



Santiago Dimas Aranda



Ña Lujarda Aguirre, maestra de Paso Pé

Una empinada y larga barranca había quedado en el lugar de la antigua pendiente que orillara la Loma Verde hacia el arroyo Paso Pé. Por el nivel más bajo corría la carretera construida a viva fuerza por prisioneros bolivianos, con la custodia de adultos fusileros, durante la triste guerra. Sobre el borde superior de la barranca, entre rala vegetación salvaje, veíanse blancas cruces, señal, según decires, de que por allí habrían perecido anónimos cautivos, a consecuencia de males endémicos o del duro trabajo forzado, o quizá de los malos tratos padecidos hasta que los sobrevivientes fueran repatriados años después. Veíase, además, una hilera de rústicas moradas, techumbres de paja y paredes de barro, rodeadas del típico sembradío doméstico. De media altura de la barranca surgían numerosos manantiales de agua cristalina y fresca, que luego cubría la carretera, formando en su recorrido remansos y remolinos, hasta confluir con el Paso Pé. En el agua crecían llantenes, gramillas y agriales, y habitabanavecillas de zancos amarillos, pico rojo y alas azules. Niños oscuritos y desnudos, bañados de lodo rojo, las perseguían.

En una de esas moradas asomadas en lo alto, con patio de pasto natural, viejos árboles y chacra plantada de mandioca, maíz, sandía, plátanos y naranjos, vivía Ña Lujarda, la maestra de Paso Pé. Ella refería la historia de aquellos bolivianos, protagonistas obligados de una guerra injusta. «Hombres humildes y sumisos», decía la maestra; simpatizaban con los niños que llegaban hasta el borde de la ladera para curiosear; les hablaban en aimará o en quichua, o les hacían señas por si pudieran ellos entender el hambre que sufrían; y si acaso los chiquillos les tiraban trozos de [128] mandioca o

batata, los prisioneros les regalaban en cambio una sonrisa triste, como diciendo ¡gracias!, o les regalaban algún juguete de cartón que ellos mismos fabricaban, tal vez pensando en los niños, en sus momentos de ocio. Los prisioneros, bastante numerosos, solían repartirse entre todos el poquísimos comestible, y así sólo les alcanzaba para sentir el sabor. Pero sonreían agradecidos, y en esa sonrisa mostraban su alma tiernamente humana, que la guerra no había logrado destruir.

Los árboles y la chacra de Ña Lujarda prosperaban a fuerza de pulmón, pese a los pedregullos y toscas, porque ella los cuidaba con amor. Era la maestra, sí, sin estudio académico ni formación docente, pero con una vocación que llegaba al heroísmo. Su sabiduría la debía a la naturaleza, a esa tierra que le daba la vida que ella vivía compartiendo. La había aprendido, además, de experiencias ajenas y propias acumuladas a lo largo de sus muchos años laboriosos y serviciales. Dominaba su rudo método, la repitente repetición, que le permitía a ella y sus discípulos aprender quiérase o no. Repetir hasta que se fije la materia, incesantemente, isócronamente, como el trino del chochí que nunca cesa, como el pertinaz latir de su pecho ferviente. Pocos útiles didácticos precisaba Ña Lujarda. Largas costaneras de serrería casera servían de asientos y pupitres; una puerta de la propia vivienda, fuera de uso y pintada al alquitrán, hacía de pizarrón, y siendo su espacio bajo techo asaz reducido, un frondoso yvapobó le brindaba el aula propicia. Y como en esos tiempos no había necesidad de tantos papeles, lo más práctico, eficaz y económico resultaba ser la pizarra. Sin embargo, no era que Ña Lujarda aborreciera el papel. Ni bien caían en sus manos algunos billetes corría a comprar libros. Los leía deletreando, pero los leía. Captaba a su manera los temas y sus motivaciones, y ya, de prisa, procuraba trasladar lo asimilado a las lerdas entendederas de sus escueleros. Mas, no sólo utilizaba lo obtenido de esas lecturas casi misteriosas. También aplicaba una suerte de cuadros sinópticos muy a su estilo. Un [129] ejemplo, el enfoque del cuerpo humano y sus partes, nombrándolos y haciendo que los nombraran en coro y a plena voz, en castellano y en guaraní. Después de unos diez repasos, ya todo el vecindario lo había aprendido:

-¡Néique, lo mitá, ¿mba-éicha jhera ñande acá? -preguntaba la maestra.

-¡Cabeza! -contestaba el coro.

-¿Nande yurú?

-¡Boca!

-¿Ñande jyvá?

-¡Brazo!

-¿Ñande ryé?

-¡Panza!

-¿Ñande retymá?

-¡Pierna!

-¿Ñande rebí?

-¡Culo...!

La alegre hilaridad en que acababa la curiosa práctica coral amenizaba considerablemente el aprendizaje y ayudaba a fijarlo con seguridad.

Si Ña Lujarda no lograba aplacar los ánimos a veces un tanto ariscos de sus educandos, pues contaba para esos casos con varios folklóricos recursos. Primero, el puntero, una varilla de madera siempre al alcance de la mano, que, aplicada con sabiduría desde cualquier distancia a la cabeza del exaltado, en general, era suficiente. Si no, un horno de adobe calcinado, con cavidad para cualquiera de los muchachotes, estaba destinado, además de su función culinaria, a darles escarmiento por un tiempo prudencial, por lo menos hasta la hora de salida, la cual todos los vecinos conocían por el toque sonoro y algo místico que emitía una olla de hierro colgada de las patas. Para los casos de indisciplina reiterada, la maestra tenía previsto un castigo mayor, a la vez ejemplar y provechoso. La chacra demandaba permanentemente mano de [130] obra. Dos o tres sesiones de carpida o corpida según la época, bastaban para doblegar la rebeldía de cualquiera. Pero aún quedaba otro castigo, éste para los incorregibles. La maestra poseía entre sus naranjos unos cuantos cajones de rubias abejitas productoras de rica miel, mas trabajar con ellas era el infierno. Nombrarlas solamente, a veces era bastante.

A Ña Lujarda no se le conocía pareja marital, aunque sí tenía una hija, no muy joven ni tan linda, pero que estudiaba magisterio, y eso la destacaba en Paso Pé. Se la apodaba Nena Kyrá, por la robustez de su cuerpo y su cara redonda y rubicunda. La nena no se mostraba muy apegada al estudio. Más bien se la veía en horas de clase prendida como garrapata del abdomen de cualquier tipo joven o maduro, en cualquier ladera o rincón de los alrededores. A ella, la sacrificada y hasta meritoria función de su madre la tenía sin cuidado. Pero un día sorprendió a todos al ser vista muy del brazo con el maestro Acosta, director de escuelas de la zona. La gente sufrió algo como un chasco, quizá cierto sentimiento de culpa por haberla malconceptuado todo el tiempo. Pronto, sin embargo, la estudiante se embarazó y desapareció de Paso Pé. Las lenguaraces difundieron la especie de que el maestro la llevó de concubina a la capital.

Entre tanto, Ña Lujarda perseveraba con su puntero, su horno, su chacra y su docencia repetitiva y reidera que tanto gusto daba a los niños ya no tan niños de aquel tiempo y lugar.

En vacaciones -porque también ella las daba-, se dedicaba a los cultivos. Las sandías, choclos y melones que producía eran buenísimos. La gente del lugar los prefería. Pero, como en todas partes, no faltaban los que pretendieran aprovecharse de su soledad y robarle sus frutos. Para ellos, Ña Lujarda tenía preparada un arma poderosa y certera, un arco hecho por ella misma con hilos de mbocayá y palo fresco de arazá. Con él arrojaba bодоques enormes, lisos y brillosos, de arcilla roja. Y guay si alguien la provocaba. Un bodocazo de cincuenta metros le dejaba un chichón en la cara que lo delataba por varias semanas. [131]

La gente que pasaba por la carretera, viéndola trabajar sin descanso, incluso en las noches y los domingos, la reprochaban diciéndole:

-Ña Lujarda, Ñandeyára co se va enojar con usté si sigue trabajando los domingos y fiestas de guardar...

-Más se va enojar -contestaba ella sin dejar la azada- si en lugar de trabajar ando robando por las chacras ajenas...

-Dios co hizo el domingo para rezar, Ña Lujarda...

-Para rezar, es claro, pero también para comer y para divertirse un poco, y yo pa sabé, me divierto bastante trabajando, mucho más que ustedes que solamente rezan...

Al final la dejaban. Ella tenía pronta la respuesta para todo. No se la podía ganar.

Cuando se puso muy anciana, y Paso Pé se había hecho un amplio barrio, recién entonces la escuelita que dio las primeras letras a numerosas tandas de chicuelos a la sombra del yvapobó, silenció la voz de su campana de hierro. Alguna gente más caracterizada había gestionado la creación de una escuela de verdad, presupuestada y todo. A partir de ahí, a Ña Lujarda se la fue olvidando. Hoy nadie la recuerda. Las nuevas generaciones no la conocen. Pero hay que reconocer que en su momento fue la única maestra de Paso Pé.

Hay monumentos que faltan, ¿verdad?

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo